

sé de Villamil —artífice de la revolución— José de Antepara, Luis Fernando Vivero, los hermanos Elizalde, Francisco de Paula Lavayen, Manuel Fajardo y otros entusiastas guayaquileños.

Gobernador de la ciudad era el brigadier de la Real Armada José Pascual Vivero, militar culto y bondadoso, cuya fidelidad al Rey no le impedía darse cuenta de que nada, ni nadie, podía contener ya el torrente impetuoso de la emancipación americana.

Y así llegó el domingo primero de octubre.

Isabelita Morlás Tinoco, guapa chiquilla de trece años apenas, nacida en Puerto Cabello (Venezuela), al penetrar a la sala de recibo del hogar de su padre, el Tesorero de las Cajas Reales, don Pedro Morlás (quién había venido desde Venezuela), encontró a éste en animada charla con José de Villamil.

Discutían, los dos caballeros, sobre como organizar una reunión de todos los conspiradores sin despertar las sospechas de las autoridades españolas. Un encarcelamiento preventivo haría fracasar todo el arduo trabajo realizado hasta ese momento.

Impulsivamente intervino en la conversación Isabelita.

No están de acuerdo los realistas, a quienes nos place llamar clásicos de la revolución de Octubre (Villamil, Fajardo y Roca), sobre los motivos de la bella muchacha para la proposición que enunció: ¿Por qué no dar un baile esa noche?

Quizá fue capricho de niña mimada; quizá estaba en su mente la apuesta figura del capitán León Febres Cordero, su paisano, quien la había mirado hacía pocos días, en esa forma en que sólo se mira cuando cupido ha disparado sus terribles flechas.

A Villamil le pareció la idea magnífica.

Sin escuchar las disculpas de don Pedro Morlás, por la petición de Isabelita, buscó a José de Antepara, apasionado por la causa de la revolución, pidiéndole que se encargase de los detalles de la fiestecita, ayudando a doña Anita Garaicoa, esposa de Villamil, en los detalles de la misma.

El, entre tanto, procedió a citar a los principales conjurados.

Aquella noche, a ritmo de mazurcas y contradanzas, se ultimarían los preparativos que —así lo pensaba— conduciría a obtener la tan ansiada libertad.

El salón de la casa de Villamil, cuyos balcones miraban hacia el Guayas, resplandecía por la profusa iluminación.

Al ritmo cadencioso del tres por cuatro las parejas iniciaron el baile.

Los coloridos uniformes de los oficiales del "Numancia", y los de otros invitados, contrastaban con los trajes, de amplia falda, de las damas, en los que predominaban los tonos claros, con profusión de finísimos encajes, llegados de ultramar, o prolijamente tejidos por hábiles manos femeninas.

De acuerdo con la moda, y en contradicción con el largo y amplitud de las faldas, los escotes eran un tanto audaces, permitiendo a los caballeros deleitarse admirando las maravillosas turgencias de las damas.

Isabelita Morlás estaba radiante de alegría.

Había bailado, de seguido, varias mazurcas, y la contradanza de rigor, con León de Febres Cordero, y el arrebolamiento de su rostro virginal, que denunciaba el estado de ánimo que habían provocado en ella las amorosas palabras del apasionado oficial venezolano.

Alguien secreteó, de improviso, al oído de Febres Cordero. A regañadientes debió separarse de Isabelita, penetrando en las habitaciones interiores de la casa.

En la más retirada de ellas le esperaba una escena sorprendente.

Junto a la mesa, en la cual había profusión de diversos licores, no faltando —por supuesto— los vinos generosos de España, se encontraban todas las personas a quienes él conocía como afectas a la causa de la revolución.

Allí estaban Urdaneta, Letamendi, Antepara, Escobedo, Peña, Alvarez, Farfán y el Director de la conspiración José de Villamil, junto a otros oficiales, “de la propia guarnición de la ciudad”, que simpatizaban con la generosa idea de la emancipación de América.

¡Esta mesa va a ser, esta noche, la Fragua de Vulcano! dijo Antepara con su impetuosa característica, y uniendo la acción a la palabra ofreció el primer brindis por la libertad de Guayaquil.

A este brindis siguieron otros, creciendo el entusiasmo al calor de la comunidad de ideales y de la euforia que produce el alcohol en dosis moderadas.

En un momento dado Villamil hizo un signo de silencio.

Con voz grave, solemne casi, teniendo como telón de fondo las notas musicales que llegaban del salón del baile, habló a los conjurados de la necesidad de realizar, cuanto antes, la liberación de Guayaquil, comprometiéndose, bajo juramento, a participar en la misma.

Puestos de pie, revelando profunda emoción en los semblantes, tornados muy serios repentinamente, los conjurados ofrecieron —dice Fajardo— “morir o triunfar en la ardua empresa”.

Y luego de hacer brotar las últimas “chispas” de la Fragua de Vulcano, todos se reintegraron al salón de baile, para no llamar la atención con su ausencia del mismo.

Con las primeras luces del amanecer, cuando el astro rey ponía cabrilleos de plata sobre las aguas del río, se apagaron, con postrer resplandor, las velas de los braseros y de la araña de cristal; enmudeció el clavicordio, y los invitados a la fiesta, que había de resultar, inolvidable, se retiraron a sus hogares.

Villamil, feliz con el éxito de la reunión, le dijo a doña Anita, su esposa: “Presiento que este baile será recordado mucho tiempo”, y luego quedóse mirando, largo rato como absorto por sus pensamientos, el surgir del nuevo día, aquel que, como lo expresara Olmedo, anunciaba que la hora de la libertad estaba próxima.

En efecto, esa misma noche los conspiradores fueron a los cuarteles: Febres Cordero, al de Granaderos, donde no encontró resistencia; Luis Urdaneta se tomó el Daule, cuyo jefe Joaquín Magallar, habiendo opuesto resistencia tuvo que ser muerto, siendo el único que sucumbió, víctima del golpe revolucionario, y el gobernador Vivero que fue luego capturado, pero sin oponer resistencia.

Consumada la revolución con todo éxito, el día 9 de octubre se estructuró una Junta de Guerra, bajo la presidencia del capitán Luis Urdaneta, habiendo ésta efectuado algunas designaciones como la de José Joaquín de Olmedo, en calidad de Jefe Político; el capitán León de Febres Cordero, se excusó de aceptar la Jefatura Superior de la provincia, pese a las aclamaciones populares que le pedían insistentemente que aceptara.

Posteriormente fue designada una Junta de Gobierno el 8 de noviembre, la misma que eligió a José Joaquín de Olmedo en calidad de Presidente y como vocales a Francisco Roca y Rafael Jiménez y don José de Antepara en calidad de Secretario, habiendo Olmedo presentado a consideración de la misma, el Reglamento Provisional que a manera de Constitución Política de la provincia fue aprobada.

Pichincha, una batalla excepcional por el sitio en que se libró, estrategia que se aplicó y los contingentes que intervinieron

Obtenida su independencia, Guayaquil se aprestó de inmediato a liberar a sus hermanos del interior, para lo cual organiza contingentes, que los puso a las órdenes de Febres Cordero y de Urdaneta, oficiales venezolanos de brillante actuación en la jornada octubrina.

El 8 de noviembre de 1820, en Camino Real obtiene la columna de Febres Cordero, un magnífico triunfo frente a las huestes realistas que comanda el coronel González, lo que permite a las tropas patriotas ocupar posteriormente Guaranda.

Obtenido este primer triunfo, Urdaneta continúa su avance por el Callejón interandino y, en las llanuras de Huachi se bate con las tropas realistas; lamentablemente, el resultado de esta acción fue adversa para la columna guayaquileña.

Reorganizadas las filas patriotas con nuevos contingentes, salieron nuevamente bajo el comando del coronel García, pero fueron víctimas en una emboscada muy hábilmente preparada por los españoles, cerca de Tanizahua, con lo que prácticamente quedó extinguida la ofensiva de las tropas de la Costa.

En vista de estos fracasos, debido más a la estrategia que al denuedo y valor de los combatientes, impulsó a que la Junta de Gobierno de Guayaquil solicitara la ayuda al Libertador, y éste, dio satisfacción al pedido, enviando al general Mires, quien llegó semanas después con abundante pertrecho y armas y, posteriormente, arriba, para dirigir personalmente las operaciones, el general Antonio José de Sucre, con tropas.

La provincia de Guayaquil celebró con el enviado de Bolívar, un convenio mediante el cual ésta se ponía bajo la protección de Colombia La Grande, al mismo tiempo, que contraía la obligación de suministrar hombres aproximadamente mil, que, conjuntamente con los que habían llegado procedentes de Colombia, formarían el ejército libertador.

Y fue así como Sucre, comandando a las tropas patrióticas después de dejar instalado su cuartel general en Samborondón avanza a Babahoyo, pero al saber que el general González, con huestes realistas se encontraba cerca de Yaguachi, salió a hacerle frente y logra triunfar dispersándolas mientras que Aymerich avanzaba hacia Babahoyo, pero al conocer del desastre de Yaguachi, se repliega a Ambato, mientras Sucre ocupaba Guaranda.

Aymerich trata de consolidar su poderío en Ambato y así en Huachi, nuevamente las tropas patriotas, esta vez al mando de Sucre, experimentaron otra derrota, por lo que tuvo que retirarse a Guayaquil a reorganizar su ejército.

Para fines de 1821, Sucre había operado una nueva reestructuración de sus contingentes y con nuevos aportes que llegan de Colombia, emprende su marcha

hacia el interior, mientras por el Sur, la División que comandaba el general Santa Cruz, se unía al ejército patriota y, así avanzan a Cuenca y posteriormente a Riobamba, después de algunos encuentros que sostienen con los realistas.

Sucre, con su ejército convenientemente armado, se dirigió a Machala para ocupar Cuenca. Luego, se reunió con la División auxiliar que le enviaba a San Martín, comandada por Santa Cruz. Esa División entró por la ciudad de Loja, y se avistó con Sucre con su ejército en el punto denominado Saraguro.

Tolrá, estaba en Cuenca, al ver el avance de Sucre, abandonó Cuenca y se dirigió a las cercanías de Riobamba, donde hubo un encuentro sangriento en Tambo, entre la caballería argentina, al mando del general Lavayén y la española, venciendo los patriotas (22 de abril de 1822) facilitando este encuentro la entrada a Riobamba; luego son rescatadas las ciudades de Ambato y Latacunga. Después aquí van a comenzar las campañas del Pichincha (13 de mayo de 1822).

Tolrá y Aymerich, se fortificaron en la histórica quebrada de Jalupana. Pero Sucre logra buscarlos dirigiéndose por las escarpadas y grandes laderas del Cotopaxi, hacia la cordillera Oriental.

Entonces, Tolrá y Aymerich se retiraron hacia la ciudad de Quito con el resto de sus ejércitos; Sucre acampó en el valle de Chillo, desde donde por repetidas veces atacó al ejército realista. Luego pasó al valle de Turubamba después de haber ocupado Chillogallo. Mas, viendo que no eran atacados, Sucre ordena la ascensión al Pichincha en la noche del 23 de mayo. En la mañana del día 24 son vistos con gran sorpresa e indignación por el Comandante General de la plaza de Quito, Aymerich, quien sin perder un solo segundo, acosado ya por la fatiga y por el consiguiente susto da la voz de alistarse para el repliegue del ataque.

El ejército realista se apresta en tomar la misma altura, pero no lo consigue, pues la ira, el odio fatídico que abrigan en sus espíritus son las causas más impetuosas de este suceso.

A las 9 de la mañana se da comienzo a la jornada sangrienta que va a liberar los destinos de toda la América, del Ecuador; empezaron con descargas las cuales fueron rechazadas por los patriotas, mas por desgracia, las municiones de los patriotas se agotan, tienen que ceder hasta recibir las reservas del Albión. Las tropas patriotas estaban formadas por los batallones Albión, Yaguachi y Magdalena.

A las 12 del día el combate estaba ganado por Sucre; los soldados de éste, hacen despeñar y rodar por la pendiente a los soldados de Aymerich, el cual se refugió en el cuartel del Panecillo. Tolrá que se encontraba al otro lado del Ejido, se fue a atacar a García que estaba en Pasto; Sucre le insta a Aymerich que capitule. Al día siguiente Aymerich capituló; firmaron la capitulación por parte de Aymerich: González Martínez y Bravo y por Sucre el coronel Morales y el coronel Santa Cruz.

La gesta de Pichincha, además de haber sido realizada a la considerable altura de 4.000 metros sobre el nivel del mar, que le dá características excepcionales entre todas las batallas en el Continente, por la causa de la libertad, también merece señalarse que ella se operó cerca de la Línea Equinoccial o Ecuador, es decir, en la mitad del mundo.

Además, la gesta del Pichincha constituye uno de los episodios brillantes de la historia americana, no sólo por las proezas de valor y arrojo puestas en prueba por los legionarios de la libertad, sino por el hecho de que convergieron

hacia ella, hombres procedentes de los cuatro puntos cardinales del Continente. Así, soldados norteños de los llanos del Orinoco, del fértil valle del Magdalena, de las márgenes del caudaloso Guayas, codo a codo con los granaderos de San Martín, al mando de Sucre, escalando las soberbias masas graníticas de los Andes, escribieron uno de los capítulos más brillantes de aquella insuperable obra de compañerismo, amistad sincera y cooperación mutua que los pueblos del continente apenas han podido consolidar en el siglo xx.

*La Conferencia de Guayaquil, precursora de la actual modalidad diplomática:
la entrevista personal de los dirigentes de la política internacional*

Después de la batalla de Pichincha y la incorporación de Quito a Colombia, Bolívar llegó a esta última ciudad, donde supo que en Guayaquil los amigos de San Martín habían realizado una hábil campaña en favor de sus objetivos, cual era la incorporación de ese puerto al Perú.

Aprovechando su permanencia en Quito, el Libertador escribió una significativa carta a San Martín, dándole a conocer la situación de Guayaquil y la única solución que quedaba en este problema, según su opinión, era que la ciudad se incorporara a Colombia.

San Martín le acusó recibo, agradeciéndole los generosos ofrecimientos que le había hecho, de auxiliarle en tropas o pertrechos para que siga su campaña libertadora en el sur y le anunciaba igualmente, que el 18 de julio de 1822, saldría rumbo a Guayaquil, para conferenciar con él.

Adelantándose incluso a la fecha antes indicada, San Martín se embarcó desde El Callao, a bordo de la goleta "La Macedonia", a fin de tomarle de sorpresa a Bolívar, y tratar en el puerto de levantar sus sentimientos anexionistas al Perú. San Martín al tocar suelo guayaquileño, recibió la noticia de que el Libertador se encontraba ya en el mismo. Desde Guayaquil, Bolívar le dirigió una misiva a San Martín, quien estaba a la entrada del Golfo, invitándole una vez más, a llegar hasta el puerto.

"Con suma satisfacción dignísimo amigo, doy a Ud., —le dice Bolívar— por primera vez, el título que mucho tiempo le ha consagrado mi corazón. Amigo le llamo y este nombre será el que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es lo único que corresponde a hermanos de armas, de empresas y de opinión... ¿Cómo es posible que venga usted de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible tocar?

Yo espero a usted y también iré a encontrarle donde quiera esperarme; pero sin desistir de que nos honre en esta ciudad. Pocas horas como usted dice, bastan para tratar entre militares, pero no serían bastantes para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que le amaba sólo por la opinión, solo por la fama..."

San Martín desembarcó en Guayaquil el 25 de julio de 1822, antes del medio día, dándose el célebre abrazo en el malecón, a orillas del legendario Guayas. Según la opinión del historiador argentino don Ricardo Rojas, en su importante libro "LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL", después de este acto el Protector estuvo en su alojamiento donde habló con Bolívar y recibió delegaciones que

vinieron a saludarlo. Concluidas dichas atenciones, pasó a la casa de Bolívar para retribuirle la recepción que éste acababa de hacerle. Esa noche cenó con sus edecanes y se retiró a dormir. El día 26 ordenó que le reembarcaran su ligero equipaje; pero quedó en la ciudad unas horas para asistir al banquete y al baile que le ofreció Bolívar”.

“A la madrugada del 27 se retiró con sus edecanes para tomar el bote en el Guayas y emprender su regreso. Bolívar le preparó a su huésped el mejor alojamiento que podía dársele en Guayaquil. Gastó en la fiesta de despedida, ocho mil pesos, suma no pequeña en aquel tiempo y lugar. Acompañó a San Martín hasta el muelle, donde le obsequió una miniatura con su retrato, prenda de amistad que San Martín conservó en su habitación hasta el final de sus días...”

“La entrevista fue cordial y la visita duró las 36 o 40 horas que dicen ambos autores... Se sabe por diversos testigos que Bolívar y San Martín conversaron en sus residencias a puertas cerradas y a solas; brevemente el día 25 y con más tiempo el 26, antes del banquete”.

Entre los aspectos que se trató en esta célebre entrevista, en primer término, se ventiló de la futura forma de gobierno que adoptarían las diversas ex-colonias de España en América. Según la mayoría de las versiones, acerca de estas pláticas entre los dos Grandes Capitanes, San Martín sostuvo con gran énfasis la monarquía, particularmente para los pueblos como el Perú, que se mostraban reacios a abandonar las antiguas formas clásicas de gobierno, aunque reconocía que otros, como el caso de la Argentina, se mostraban decididos republicanos. Bolívar por su parte, se mostró desde el primer momento inflexible en sus postulados eminentemente republicanos y democráticos sin ninguna clase de reservas...

En esta Conferencia, se discutieron pues estas dos formas de Gobierno y naturalmente triunfó la que puede ser considerada como un mal menor y que sustentaba Bolívar, quien por lo demás tenía la fuerza en la mano, que era por sí, una razón convincente y muy poderosa.

Posteriormente abordó el problema de Guayaquil, mientras algunos historiadores ponen de relieve, el enorme interés, que tuvieron estas conferencias, puesto que en ellas, se discutió quizás el mayor problema como el de la incorporación de Guayaquil, sea al Perú o a Colombia, otros no menos documentados, niegan su valor por este solo hecho: en efecto, manifiestan, San Martín, no tuvo ese enorme interés que algunos le atribuyen por el asunto de Guayaquil, tanto más, si se tiene en cuenta que cuando arribó el Protector, ya Bolívar con su presencia había de hecho, incorporado la Provincia de Colombia y sólo faltaba que simbólicamente una Asamblea que inclusive estaba convocada para el 28 de julio, ratificara mediante votación el estado de hechos que desde días anteriores ya gozaba el puerto, es decir, seguir siendo colombiana, votación que dígase de paso, estaba plenamente asegurada.

En cambio, en lo que tiene relación a la Confederación entre todas las antiguas colonias españolas, los dos estadistas estuvieron plenamente de acuerdo, en propugnar, aunque también vieron con bastante escepticismo, lo difícil de la empresa, por lo que estudiaron quizá lo más factible por lo menos en esas circunstancias, era conseguir como primer paso hacia la realización del grandioso proyecto, comenzar con la unión entre Colombia la Grande y el Perú, designando para tal eventualidad la ciudad de Guayaquil como sede de la magna Asamblea

de representantes de los dos países, que estructuraría la verdadera unión política y militar de ambos países y que serviría como ya dijimos anteriormente, de núcleo desde donde se irradiaría la acción federativa hacia el resto de hispanoamérica.

En lo que respecta a los límites, entre Colombia y el Perú, San Martín habiéndose enterado plenamente de ellos, y que impedido de reconocerlos de suyo propio, en forma oficial, prometió conseguir a través de sus amigos, en el Congreso peruano, la ayuda necesaria para que se aprobaran instrucciones favorables, en el reconocimiento de los derechos de Colombia, basados en la Cédula de 1740.

El Protector, igualmente apoyó la idea de celebrar conferencias en Bogotá, como lo propuso Colombia, con una Comisión española.

Pero lo que todos los historiadores y estudiosos de la Conferencia de Guayaquil están unánimes en afirmar, es que el objetivo que trajo a San Martín, —para su entrevista con Bolívar en Guayaquil— fue sin lugar a la menor duda, el de buscar el más amplio apoyo de parte de Colombia en cuanto a auxilio que le podría proporcionar tanto en hombres como en ayuda financiera para proseguir la campaña de liberación del Sur, especialmente del Perú, en cuyo territorio y en el Alto Perú, se encontraban concentrados los mejores cuerpos militares realistas, frente a los cuales igualmente figuraban elementos de los más calificados en cuanto a oficiales de Estado Mayor español, lo que impedía hasta ese momento continuar las operaciones para desalojarlos. San Martín, frente a esta dura realidad solicitó, inclusive que Bolívar tomara a su cargo esta campaña, convirtiéndose él, en subalterno, si era necesario para que las armas patrióticas alcanzaran su irrestricto apoyo del Libertador. Bolívar, como es fácil imaginarse, rechazó la petición del Protector, en cuanto a enrolarse como simple soldado de su campaña, por lo que San Martín no tuvo otra solución que optar, que la de retirarse de la carrera militar y por ende, dejar sin titular al Ejército patriota del Sur, imposibilitado como se encontraba de llevar adelante, falto de los recursos necesarios, la antes referida campaña, gesto que facilitó posteriormente para que Bolívar asumiera, llamado por los peruanos, el mando de la misma y libertara al Perú, en las batallas de Junín y Ayacucho.

El abrazo de Guayaquil hizo sonar entonces la hora decisiva para las campañas militares de la emancipación americana. Eran los tiempos en que, como dijo bellamente en 1845, don Bartolomé Herrera “toda la América, todos los hijos de España, se movieron a un tiempo en su regazo, donde tenían una situación contraria ya a la naturaleza y al libre juego de sus miembros”. En nuestros días a siglo y medio de distancia de aquella fecha, ya en la paz y en la gloria de la soberanía de veinte pueblos hispánicos, el abrazo de Guayaquil es un perfecto símbolo de la armonía que debe reinar entre todos los hijos de España, conscientes de su origen común y orgullosos de su estirpe. Tras un siglo de vicisitudes, corridas tal vez por separado, los pueblos hispanoamericanos ven en el abrazo de Guayaquil, a la imagen de una soñada reintegración familiar más estrecha para hacer mucho camino juntos en su seguro porvenir.

La Conferencia de Guayaquil, además de nuestra opinión, viene a constituir nada menos que la precursora de esta nueva modalidad, que han adoptado las Cancillerías en los días en que vivimos, cual es la entrevista personal de los dirigentes de los gobiernos de las grandes potencias, inclusive eliminando a los inter-

mediarios, como son los embajadores en misión especial o a los diplomáticos acreditados ante los respectivos gobiernos, concertando previamente una cita, a base de una agenda que ha sido debidamente preparada y discutida lo suficientemente por agentes oficiosos, que envían, con los expertos del otro país, quienes dejan los puntos fundamentales para la resolución final de la entrevista.

Las entrevistas del presidente Nixon con los dirigentes del gobierno chino y soviético, son ejemplos elocuentes de estas entrevistas que a diario celebran los presidentes y cancilleres, en un mundo convulsionado con tantos problemas, modalidad que a nuestra opinión tuvo como precursora la célebre conferencia de Guayaquil, entre Bolívar y San Martín, en 1822.

El gobierno del Ecuador en 1948, presidido por el ilustre magistrado don Carlos Julio Arosemena Tola, tuvo la magnífica iniciativa de gran significado fraternal, de expedir un Decreto cuya parte esencial reza textualmente: "Considerando que es necesario estrechar los vínculos de solidaridad que unen a los pueblos hispanoamericanos fundados en la comunidad de origen y cultura y en el hecho de haber nacido a la vida independiente gracias al genio y al esfuerzo heroico de unos mismos libertadores, que persiguiendo la misma finalidad apuntada, debe señalarse un día para que, cada año, se lleven a cabo actos que alienten en el sentimiento de estos pueblos el recuerdo de las glorias comunes y fortalezcan la conciencia de unidad vigorosa y constructiva y la fe en los ideales de solidaridad hispanoamericana, acariciados por los Libertadores de América; y que el 26 de julio de 1822, Bolívar y San Martín se entrevistaron en Guayaquil y, en abrazo fraterno, fusionaron ideales y heroísmos, sacrificios y glorias, abrazo que simboliza el continuado esfuerzo de los Estados hispanoamericanos por estructurar una comunidad que afiance su prosperidad y su grandeza".

Desígnase el 26 de julio, "Día de la Fraternidad Hispanoamericana", enarbólese en tal día el pabellón nacional en todos los edificios públicos y díctense en los centros educacionales, culturales y militares, conferencias alusivas a la fecha y explicatorias de la génesis de esa celebración anual, haciendo resaltar la necesidad de unión y colaboración entre los Estados hispanoamericanos. Hágase conocer este Decreto a todos los gobiernos hispanoamericanos para que de tenerlo a bien dispongan la celebración del "Día de la Fraternidad Hispanoamericana" en el territorio de los respectivos países".